
SERMON DÉCIMOTERCIO.

De los medios de adquirir la fe.

MONSEÑOR :

Señores :

TODA ciencia se aprende por el estudio de los fenómenos que se desprenden de su objeto : por consiguiente la ciencia religiosa se aprende por el estudio de los fenómenos religiosos; pero este secreto de la ciencia no es para nosotros el primero, puesto que para ser cristiano no solo se necesita saber, sino sobre todo creer. El gran secreto, Señores, lo que vosotros esperais, es que despues de haber sido atormentados tan largo tiempo por las dudas de la ciencia humana, podais descansar en la certidumbre y felicidad de la fe divina.

Pero ¿qué es lo que conviene hacer para creer? ¿Qué senderos nos están abiertos à través de las oscuridades de las cosas de Dios? ¿Por dónde penetraremos en abismos que son impenetrables? Cuando S. Juan desde el fondo de su destierro de Pathmos descubria los últimos misterios del porvenir, vió en la mano de Dios un libro cerrado con siete sellos, y oyó à un ángel que decia : ¿Quién es digno de abrir el libro y de romper los sellos? Y como nadie podia hacerlo, en el cielo, ni en la tierra, ni en los infiernos, S. Juan se puso à llorar

porque nadie podia abrir el libro y verlo, y se le dijo: No llores, hé aquí el leon de la tribu de Judá que ha vencido, el vástago de David que abrirá el libro y romperá los siete sellos. La fe, Señores, es tambien un libro cerrado con siete sellos, y no me engaño al deciros que hay entre vosotros quienes desean abrirlo, y lloran porque no pueden hacerlo. Y yo tambien les digo: No lloreis, porque el leon de la tribu de Judá ha vencido, ha llevado la luz á las tinieblas, la vida á la muerte, y nos ha dado los medios de ir en pos de él y de seguir su huella.

La fe es posible; lo es infinitamente mas que la ciencia: la ciencia será siempre patrimonio de un corto número, mientras que la fe es el patrimonio universal. Sin embargo, hay hombres que no la tienen ó que la han perdido; los hay que la buscan, y dicen que no la encuentran. ¿Cómo se adquiere la fe? ¿Por qué medios podemos convertirnos á Dios despues de haber perdido la sencillez primera del corazon?

Señores, la fe es ante todo un acto del entendimiento. El entendimiento es la facultad de recibir y de combinar las ideas; las ideas son las leyes ó las relaciones eternas de las cosas, en tanto que el entendimiento las percibe: y como las cosas se colocan en dos regiones, el mundo inferior y el mundo superior, el mundo natural y el mundo divino; se sigue que hay dos clases de ideas, ideas naturales é ideas divinas. La adhesión del entendimiento á las ideas naturales constituye la razon; la adhesión del entendimiento á las ideas divinas constituye la fe. Ahora bien, del mismo modo que se forma en nosotros la razon, que es la adhesión á las ideas naturales, se forma tambien la fe, que es la adhesión á las ideas divinas; de suerte que la teoria de la razon es tambien la teoria de la fe, y la ge-

neracion de la una es semejante á la generacion de la otra. Cuando á mi, sacerdote, os dirigis preguntando cuáles son las fuentes de mi fe, os pregunto á mi vez á vosotros, hombres, cuáles son las fuentes de vuestra razon; y os respondo con vuestra respuesta:

Esto es lo que se trata de demostraros.

Cualquiera que sea el sistema que se abraza sobre el origen de las ideas ó de los primeros principios naturales, siempre resulta que estas ideas ó estos primeros principios son recibidos en el entendimiento humano, puesto que el entendimiento humano no los posee, como Dios, por sí mismo, por una virtud propia y eterna. La razon empieza, pues, por un acto pasivo: solo Dios empieza por la actividad, y por la actividad termina. El hombre es pasivo al nacer para la razon, como al nacer para la vida: así como recibe el primer rayo de la vida sin su concurrencia, recibe tambien el primer germen de la razon sin cooperacion de su parte; pero este germen por sí solo, aun despues de recibido, no crece por su fuerza nativa abandonado á sí mismo; necesita de un auxilio exterior que le despierte en el entendimiento; y este auxilio es la palabra. Cualquiera que no ha oido la palabra, sea la palabra real, sea la palabra facticia é imperfecta de los signos, aun cuando tenga todas las aptitudes de un ser inteligente, aunque posea dentro de sí la raiz de las ideas, no se le verá desarrollarse como espíritu; planta salvaje, estéril é inculta, se consumirá lentamente y sin gloria entre la region de las imágenes que percibe, y la region de las ideas que á lo mas presiente: tal será el sordomudo. En fin, se necesita que la semilla ideal, despertada por la palabra, llegue al estado de una invencible claridad; porque existe una implacable antipatia entre las tinieblas y el entendimiento, y

toda idea, en tanto que no es clara, no es mas que un rudimento bosquejado del edificio racional.

Tal es, Señores, la ley de la formacion de la razon, como tambien la ley de la formacion de la fe.

El hombre no posee por sí mismo las ideas divinas, como por sí no posee las ideas naturales, y mucho menos todavía las primeras, porque es mayor la distancia entre él y Dios, que entre él y la naturaleza. Es, pues, pasivo en la recepcion original de las ideas divinas, como es pasivo en la recepcion primordial de las ideas naturales. Nunca será capaz de conquistarlas ó de crearlas en sí, no habiendo recibido este don benévolo de Dios: á este don le llaman los cristianos *gracia*, es decir, el don gratuito por excelencia. Comunicase al hombre en el bautismo, que es el nacimiento espiritual del alma, ó si no ha podido ser bautizado, por otras vias que expone la doctrina católica, y de las cuales no tenemos que tratar actualmente. La gracia, bajo el punto de vista que nos ocupa, es una efusion de las ideas divinas, por cuyo medio el entendimiento se pone en relacion con el horizonte del mundo superior ó divino. De todos modos, este no es mas que un germen; y así como la semilla ideal natural necesita ser suscitada por la palabra humana, la semilla ideal divina necesita ser suscitada por otra palabra, que es la de la Iglesia. Como os ha hablado vuestra madre, os habla tambien la Iglesia, que es la madre universal. En el orden de la naturaleza, la humanidad por el órgano de vuestra madre ha depositado en vosotros un sentido comun humano; y en el orden de las cosas eternas, Dios, por el órgano de la Iglesia, ha depositado en vosotros lo que se puede llamar el sentido comun divino. De aquí la frase de S. Pablo: *La fe es por el oido, y el oido por la palabra de Cristo* (1).

(1) Epist. á los Romanos, cap. 10, vers. 17.

Así ved lo que Cristo ha dicho á la Iglesia: *Id, y enseñad*. La Iglesia llega al pais de los salvajes que nunca han oido la palabra divina, y que cuando mas conservan algunos vestigios de la tradicion; llega allí la Iglesia, representada por un misionero que ni aun siquiera sabe su idioma. ¿Qué va á hacer? ¿Qué va á hacer! Planta una cruz y se postra ante ella: los salvajes se agrupan en torno de aquel desconocido que ora, y él en un lenguaje imperfecto que articula apenas, les explica al Dios muerto sobre aquel madero; y así como en vuestra cuna os abrió el oido el acento de una madre, para depositar en él las ideas que han sido el elemento de vuestra razon, del mismo modo el acento de la Iglesia abre el oido de aquellos salvajes, va hasta su entendimiento, y encontrando allí el germen divino, lo excita y lo desarrolla: los salvajes caen de rodillas, creen en Cristo muerto por ellos, le adoran con lágrimas por ellos desconocidas, y su alma transfigurada aspira á la eternidad, realizando la frase de S. Pablo: *La fe es por el oido, y el oido por la palabra de Cristo*.

Acaso, Señores, me argüiréis que existe al menos una diferencia entre la generacion de la fe y la de la razon, cual es, que la palabra humana al caer sobre la raiz oscura de las ideas naturales, las eleva á la mas alta claridad, mientras que la palabra de la Iglesia, á pesar de todo su poder, no saca las ideas divinas de su profundidad sombría y misteriosa. Os engaÑais, Señores: ni las ideas divinas ni las ideas naturales llegan á ser para el entendimiento objeto de una comprension exacta, pues siempre queda en las unas y en las otras la gran incógnita de la sustancia; pero las ideas divinas, como las ideas naturales, brillan y alumbran, y si no alumbrasen, jamás las aceptaria el entendimiento. Al entendimiento le es imposible ver la oscuridad, así como es imposible á los ojos ver las tinieblas sin el

auxilio de la luz ; de donde resulta que lo que el entendimiento no ve, para él no existe. Si ha de rendirse á las ideas divinas, es necesario que las vea, y para que las vea es fuerza que no carezcan de claridad. Así, Señores, ved aquí una idea divina : *Bienaventurados los que lloran*. A ningún sabio se le habia ocurrido, ninguno la habia expresado ; es una idea insensata al primer golpe de vista : no obstante, es de una lucidez extremada para los verdaderos cristianos, y ha enjugado mas lágrimas que todos los libros de los filósofos juntos. Convengo, sin embargo, en que para vosotros es oscura. Y esto ¿ en qué consiste ? ¿ En qué consiste que una idea clara para un alma, es oscura para otra ?

Me parece, Señores, que la explicacion es muy sencilla. ¿ No vemos tambien en el orden de la naturaleza principios que son evidentes para los unos, mientras que son incomprensibles para los otros ? Desde la primera palabra comprende un matemático una proposición que carece de sentido para el hombre que no sabe matemáticas. Y hasta los axiomas, primer tesoro del entendimiento, ¿ creéis haberlos comprendido sin trabajo, en el instante eléctrico de su enunciacion ? No, mil veces no. Si vuestra madre os hubiese dicho, por ejemplo, que una misma cosa no puede ser y no ser al mismo tiempo bajo el mismo aspecto, seguramente no la hubierais comprendido, aun cuando con eso solo os hubiera propuesto la primera verdad del orden lógico. A fuerza de imágenes, de comparaciones, de repeticiones, de aplicacion por vuestra parte, habeis llegado á formar vuestra razon. ¿ Y será extraño que la palabra divina, viniendo á visitaros en una edad tardía, en medio de un siglo que ha cerrado vuestros oidos á sus lecciones, encuentre dificultad para insinuarse en vuestro entendimiento ? Perdonadme que os lo diga, sois los sordo-mudos del

orden divino. Solo escuchando la voz de la Iglesia y meditándola, venceréis la resistencia de vuestras preocupaciones y la oscuridad que en vosotros han producido. Ved por experiencia, desde que buskais la verdad al pié de este púlpito, cuántas ideas han pasado por delante de vosotros, cuyo encadenamiento, orden y fuerza os eran desconocidos ; y no obstante, lo que os he dicho es un átomo en el espacio, una gota de agua en el Océano. ¿ Qué resultaria si un estudio serio os pusiese en relacion con las riquezas ocultas en la enseñanza religiosa ? No lo haceis, Señores, y os quejais ; acusais á la fe de imposibilidad, y no le concedéis cada semana un cuarto de hora de vuestra vida.

Consiste, Señores, en que la fe no es solo un acto del entendimiento, sino tambien un acto de la voluntad. La voluntad es la facultad de amar : y así como del entendimiento salen dos rios, el rio de la razon y el de la fe, así tambien de la voluntad brotan dos raudales, el del amor natural y el del amor divino. El amor natural nos une al mundo creado, el amor divino nos lleva al mundo increado : el primero nos aleja de la fe, el segundo nos impele á ella, aun cuando no es perfecto, y se halla en el estado de presentimiento ó de deseo. Escuchaos bien á vosotros mismos : ya rompa el infortunio uno de vuestros vínculos, ya penetre en el fondo de vuestra alma un sonido melancólico, cada vez que os eleva sobre la tierra un soplo venturoso, se os aparece la fe, y os trasmite una sensacion especial. Se ha inclinado el eje de vuestra voluntad con un movimiento imperceptible, y al punto os ha respondido la fe con un vislumbre lejano y oscuro. Si pudieseis amar, podríais creer. Pero ¿ cómo amar lo que no se ve, cuando en ello no creemos ? Si la fe depende del amor, ¿ el amor no depende de la fe ? Este argumento supone,

Señores, que lo bello y lo bueno divinos son extraños al hombre, y que el hombre se halla en la impotencia de ser atraído por ellos antes que la fe reine plenamente en su entendimiento. Si así fuese, la fe sería imposible, porque es necesario, según las condiciones de nuestro ser, que la voluntad dé impulso al entendimiento, y la voluntad no se mueve sino solicitada por la belleza y la bondad de un objeto. Así, pues, como la palabra de la Iglesia halla en el alma y despierta en ella el germen de las ideas divinas, debe también encontrar y excitar en el alma el germen del amor divino, de la misma manera que la naturaleza dirigiéndose al corazón del hombre para conmoverlo, encuentra allí pronta y predispuesta la fibra del amor terrestre. Igual es la ley en uno y otro orden.

¿Cómo excita uno en sí mismo el amor natural? Poniéndose en relación con las criaturas. Ama uno la luz, porque se comunica con ella por los ojos; ama uno el calor, porque se comunica con él por todos los poros; ama uno los perfumes, porque se comunica con ellos por el olfato; ama uno lo bello sensible, porque se comunica con ello por todos los sentidos. Si no os hubieseis hallado en relación con un objeto, os sería imposible amarlo; desde que estais en relación con él, podeis amarlo, y lo amaréis infaliblemente si existen en él hermosura y bondad. Ved aquí, Señores, y lo sabeis sobradamente, cómo se engendra el amor natural. Pues del mismo modo se engendra el amor divino. Dios, que ha dado á las criaturas tanta magnificencia y atractivos tan victoriosos, á fin de que nuestro corazón fuese por ellos conmovido, no ha obrado con menos poder y lujo al exponer á las miradas de los hombres la hermosura y la bondad divinas. Se las ha mostrado en el Hombre-Dios conversando con nosotros, y muriendo por nos-

otros en el Calvario con una muerte de amor; y ha escrito el Evangelio para infundir en nuestro corazón la historia inefable de aquella vida y de aquella muerte. Sin duda la fe por sí sola nos da la certidumbre de que Dios nos ha amado hasta morir; pero así como la palabra solicita la adhesión del entendimiento á las ideas que encierra, ¿porqué no ha de solicitar la adhesión de la voluntad al amor que expresa y que contiene? La palabra llena dos funciones en lo humano y en lo divino; ilustra y mueve, produce la luz y el afecto. Solo resta que nos prestemos á ella, así respecto del amor divino como respecto del amor humano; no hay mas que ejercer un acto de voluntad así para el uno como para el otro.

Sin la voluntad todo es imposible, así la fe como todo lo demás, sin que la fe sea imposible en mayor grado. No tendríamos derecho de quejarnos, sino en tanto que el cristianismo no encerrase nada que excitara suficientemente nuestra voluntad á acercarnos á él; pero esta queja no tendría fundamento. Cuando rechazamos el cristianismo, rechazamos por una ingrata prevención el mayor amor que ha buscado al hombre; abusamos, por un extremado esfuerzo, de nuestra libertad moral, y cambiamos en maldición contra nosotros aquel dulce cántico que entonaban los ángeles al advenimiento del Hijo del hombre: *Paz sobre la tierra á los hombres de buena voluntad* (1).

¡Paz sobre la tierra á los hombres de buena voluntad! Esta frase explica cómo tantos hombres que nada saben, alcanzan la fe: la alcanzan por el camino del amor: su alma, que difícilmente hubiera correspondido á las ideas divinas, á causa de su elevación, ha respondido sin trabajo al contacto de la caridad. Han

(1) S. Mateo, cap. 2, vers. 14.

reconocido á Dios en la bondad mas que en la luz, y la luz, zelosa de su corazon, se ha precipitado en él con el amor. Esta maravilla es la que se ha querido desacreditar llamándola la fe del carbonero. Señores, no hay fe del carbonero, como tampoco hay razon del carbonero. La razon del carbonero vale tanto como la de Newton, y tal vez un aldeano que cortaba leña en el bosque de Versailles, tenia sobre las cosas divinas iluminaciones tan profundas como las de Bossuet, cuando asombraba con su elocuencia y su doctrina á la corte de Luis XIV. Sí, en el dia del juicio habrá de esos carboneros de alpargata y sayo, que habrán tenido mas fe y mas luz que algunos teólogos, porque el amor ve á mayor distancia que el entendimiento, y porque cuando el alma lo acepta, la verdad le ensalza con ella, así como el águila toma sus polluelos sobre su espalda y los lleva hasta el trono del sol.

Hemos dicho, Señores, que la generacion de la fe, semejante en su desarrollo á la generacion de la razon, supone gérmenes divinos de conocimiento y de amor, sembrados en nosotros por la mano de Dios; necesitamos, pues, del concurso de Dios para llegar á la fe, y este concurso es libre por su parte, al menos cuando, habiendo abusado de sus dones, hemos alterado su virtud por nuestra culpa. La libertad del hombre llama evidentemente por contrapeso á la libertad de Dios; y hallándose Dios lejos del hombre, no puede consumarse el misterio de la fe en nosotros, si no tenemos el poder de atraer la accion de Dios. Pero ¿por qué vias podrá excitarse esta accion? ¿Quién será bastante fuerte para hacer violencia á Dios, y para hacerle violencia sin herir su libertad?

Señores, despues de haber muerto Aquiles á Hector y de haberle arrastrado siete veces en derredor de la

ciudad sitiada, por la noche se presentó un anciano desarmado en el umbral de su tienda; era Priamo. Venia á reclamar del implacable vencedor el mutilado cuerpo de su hijo, y habiéndole besado la mano, le dijo: « Juzga de la grandeza de mi infortunio, cuando beso la mano que ha muerto á mi hijo. » Aquiles lloró, y entregó el cuerpo de su enemigo. ¿Qué poder fué el que conmovió aquel corazon feroz? ¿Qué magia le habia rendido? Ese poder, esa magia era la de la súplica. Si la fuerza no hubiese encontrado una barrera que la contuviese; si no existiese en el mundo mas que la fuerza contra la fuerza, ¿cuál seria la suerte de los pequeños y de los desgraciados? Dios debia á la debilidad y al infortunio un arma que hiciese cara al acero, calmase la cólera, desvaneciese la injuria y reparase la desigualdad de la suerte; y le dió la súplica. La súplica es la reina del mundo: cubierta de humilde ropaje, inclinada la frente, tendida la mano, protege al universo con su majestad rendida: se dirige continuamente desde el corazon del débil al corazon del fuerte; y cuanto mas humilde sea el punto desde donde implora, cuanto mas excelso sea el trono adonde asciende, mas seguro es su imperio. Si un insecto pudiese suplicarnos cuando vamos á pisarle, nos conmoviera fuertemente; y como nada hay mas alto que Dios, ninguna súplica es mas victoriosa que la que á él va dirigida. Es la súplica, Señores, la que restablece nuestras relaciones con Dios, atrae su accion sobre nosotros, le hace violencia sin dañar á su libertad, y es por consiguiente madre de la fe. Por eso dijo Jesucristo: *Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá: porque todo el que pide recibe, y el que busca halla, y al que llama se le abre* (1).

(1) S. Mateo, cap. 7, vers. 7 y 8.

Ya preveo vuestro argumento : pues decís , ¿ no se necesita fe para orar ? y si se necesita orar para tener fe , ¿ no es este un círculo vicioso ? ¡ Ah ! sí , Señores , un círculo vicioso ! Creo haber dicho ya que el mundo está lleno de esos círculos viciosos ; pero ved cómo Dios sale de este. Convengo en que para suplicar es necesaria la fe , al menos una fe incoada : ¿ sabéis lo que es la fe incoada ? La fe incoada es la duda ; la duda es el principio de la fe , como el temor es el principio del amor. No hablo de ese escepticismo que afirma dudando , sino de esa duda familiar acaso á muchos de mis oyentes , de esa duda sincera que les hace decir : Acaso yo , ser imperfecto y miserable , soy obra de una Providencia que me gobierna y vela por mí : acaso esa sangre que ha corrido ahora mismo sobre el ara , es la sangre de un Dios que me ha salvado : acaso puedo llegar al conocimiento y al amor de ese Dios. Acaso ! Esa duda , Señores , es la que figura como el principio de la fe , y esa fe incoada no la arrancaréis de vuestro corazón fácilmente ; Dios la ha prendido con diamante. Es la fe en el estado vago , que pasará al estado de convicción si quereis , y si no quereis no pasará ; que se presta á todo , á afirmar á Dios ó á negarle , á amarle , ó á aborrecerle. Tan cierto es que poseeis esa fe , que la combatis y deseais desembarazaros de ella : hasta con la persecucion le rendís homenaje , porque no se persigue lo que nada vale á nuestros ojos. La persecucion emana de una fe que no se confiesa , porque se le tiene miedo ; la persecucion es un acto de fe. Los filósofos de la antigüedad menospreciaban el paganismo , y así dejaban tranquilos á los dioses ; aquellos dioses no infundían fe , y por eso los filósofos no los temían. Nunca la duda habia descendido á su corazón desde la frente de Júpiter y de Neptuno ; pero cuando se estableció el cristianismo , aquellos principes que no

creían en sus ídolos , y que se acomodaban á ser grandes sacrificadores ; aquellos opulentos que se complacían con el orgullo de sus hecatombes ; aquellos escritores que halagaban á Apolo y á Mercurio , todos ellos se sublevaron contra la verdad : se sublevaron cuando la verdad les impuso miedo , cuando la fe penetró en ellos con la duda. Si , si se nos aborrece , consiste en que en nosotros hay demasiada verdad , una verdad harto visible. ¡ Ah ! si nosotros fuésemos portadores de la mentira , se nos adoraría y se nos levantarían altares ; entonces se nos diría : Dad fe á la muchedumbre , y haced que nos sirva. Pero como aspiramos á hacer creer así á los grandes como á los pequeños , como penetramos á través de sus vicios y de sus pasiones , para suscitar , al menos , la duda en su corazón , se levantan contra nosotros , querrian imponernos silencio , y que ya nada en el universo les hablase de Dios , para acallar así los gritos de su conciencia.

Todos , Señores , podemos orar , porque todos creemos ó dudamos. Insectos de un día , perdidos bajo una mata de yerba , nos agotamos en vanos raciocinios , preguntándonos de dónde venimos y adónde vamos ; pero ¿ no podemos decir estas palabras : Oh tú , cualquiera que seas , tú que nos has formado , dignate sacarme de mi duda y de mi miseria ? ¿ Quién no puede suplicar de este modo ? ¿ A quién se puede excusar de que no pruebe á fundar su fe sobre la súplica ?

¡ Ojalá , Señores , os haya yo inspirado al menos el saludable pensamiento de volveros hácia Dios por la súplica , y de anudar con él vuestras relaciones , no solo por el espíritu , sino también por el movimiento del corazón ! Esta es la esperanza que llevo conmigo , y el voto que formo al dejaros. Queda en manos de mi obispo este púlpito de Nuestra Señora , fundado

por él y por vosotros, por el pastor y por el pueblo. Un instante ha brillado sobre mi cabeza este doble voto : permitid que le aparte de mí, y que me encuentre algun tiempo solo delante de mi debilidad y delante de Dios.



DE LOS EFECTOS DE LA DOCTRINA CATÓLICA
SOBRE EL ESPÍRITU.

SERMON DÉCIMOCUARTO.

Certidumbre racional producida en el espíritu por la doctrina católica.

MONSEÑOR :

Señores :

LA doctrina es la ciencia de la vida. La vida, segun la definicion de santo Tomás de Aquino, es un movimiento espontáneo. Todo movimiento lleva en su esencia misma la idea de un punto de partida, de un término, y de un esfuerzo para trasladarse del uno al otro. Por consiguiente la ciencia de la vida es la ciencia del punto de partida del hombre, de su término, y del camino ó de los medios por donde debe pasar.

Ahora bien, la doctrina católica nos enseña que Dios es el punto de partida del hombre, que Dios es el término, y que Dios hecho hombre es el camino y el medio que le conduce á su fin : *Yo soy el alfa y el omega, el principio y el fin. — No hay mas que un Dios, y un medianero entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre* (1). Y por consiguiente en toda discusion la doc-

(1) Apocalipsis, cap. 1, vers. 8. — S. Pablo, 1^a. epíst. á Timoteo, cap. 2, vers. 5.